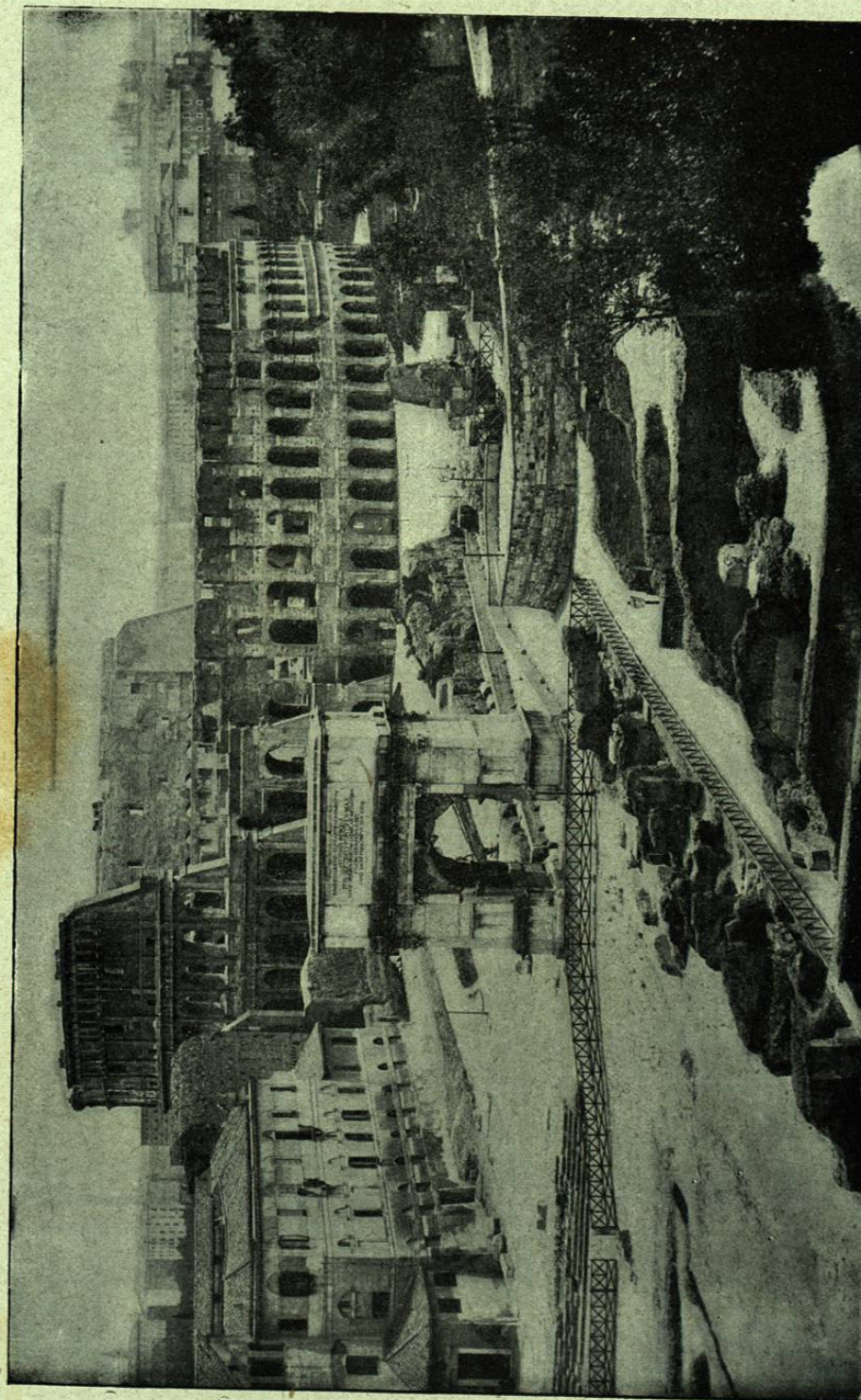


sistió en ascender de grado en grado en la vía del mando militar.

Otro cambio, de los más importantes por sus consecuencias, se efectuaba en razón de la inmensa extensión del imperio: los cuerpos de ejército habían de establecerse permanentemente en la proximidad de las fronteras amenazadas; ocupaban campos fortificados, al lado de los cuales se fundaban ciudades de tabernas y de tiendas, que dependían absolutamente de la legión vecina y que con frecuencia hasta tomaban su nombre. Por la fuerza gradual de las cosas, esas ciudades se convertían poco á poco en ciudades militares de donde partía toda la iniciativa política de la provincia, exclusivamente sometida siempre á los intereses del ejército local. La misma razón que había obligado á unos emperadores á establecer las tropas sobre las fronteras, les forzaba también á reclutar sus soldados por vía de empeños voluntarios, y todos los alistados, para quienes la guerra era su oficio y que no tenían otro porvenir que la profesión de las armas, dedicaban su descendencia al mismo género de vida: se casaban en el país, hablaban la lengua de los indígenas y acababan por constituir bandas armadas muy diferentes de las antiguas legiones romanas; siendo semibárbaros, preparaban inconscientemente la futura invasión bárbara. La causa pública se les hacía indiferente, no veían otra gloria que la del cuerpo á que pertenecían y en su único interés se hacían las revoluciones militares. «Hay motivo, dice Gaston Boissier, para admirarse de que el ejército haya en resumen usado tan moderadamente de su poder»¹. La gran sombra de Roma se cernía á pesar de todo sobre sus soldados.

Aun bajo el reinado de Augusto, cuando comenzaba la larga «paz romana», un desastre profético vino á anunciar cuáles serían un día los destinos del imperio. Legiones aventuradas á una gran distancia al otro lado del Rhin, en regiones forestales habitadas por los Queruscos, fueron cercadas y muerto hasta el último hombre: la grave advertencia fué comprendida; satisfecho del lote que le había tocado en suerte, Augusto no trataba de ensancharle por la adquisición de espacios hiperbóreos, que, á los ojos de los Romanos cultos, ni siquiera eran considerados como pertenecientes al mundo propia-

¹ *Revue des Cours et Conférences*, 17 Marzo 1898.



ROMA — VISTA DEL COLISEO

Cl. Alinari.



ROMA — TEMPLO DE VESTA

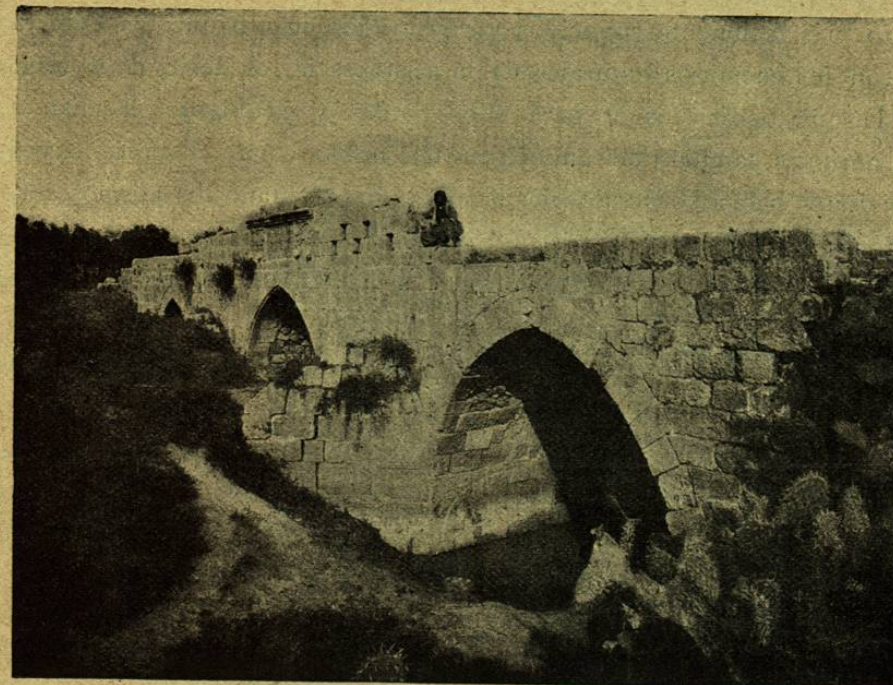
Cl. Alinari.

mente dicho. Jugador favorecido por la suerte, no quería lanzarse de nuevo á la casualidad, como en el tiempo de su juventud, ni arriesgar la fortuna adquirida. Pero si podía retardar el destino, le era imposible conjurarle: el silencio de los ciudadanos, la pérdida de su iniciativa, la transferencia de sus prerrogativas á un ejército permanente, habían de privarles un día hasta de la posibilidad de defenderse; se encontraban atados de antemano á la triunfante irrupción de pueblos nuevos. De generación en generación la inteligencia se oscurecía, el gusto se alteraba, la mentalidad se enturbiaba; los bárbaros del exterior no avanzaban un paso sin que la barbarie no hubiese dado ya dos pasos á su encuentro.

Pero en aquella época debían de ser muy escasos los profetas de la desgracia. ¡El imperio era tan extenso, las fronteras estaban tan lejanas que parecían confundirse con los límites del mundo! Roma había resistido triunfalmente á tantos peligros, y habían pregonado su gloria tantos prodigios, que las gentes se dejaban llevar hasta creerla eterna; por eso no es extraño que casi todos los pueblos cultos del

mundo moderno hayan acabado por tomar en el reinado de Augusto la fecha inicial de su cronología vulgar. Verdad es que esta era, denominada cristiana, fué después considerada como coincidente con la fecha, sea de la encarnación, sea del nacimiento de Jesucristo. Cuando fué propuesta por primera vez por el monje Denys le Petit, pronto hará catorce siglos, en el año de Roma 1278, que vino á ser el año 525 del nuevo calendario, los fieles católicos la acogieron por espíritu religioso, y gracias á este mismo espíritu reemplazó poco á poco oficialmente, en los documentos políticos y administrativos, lo mismo que en la vida ordinaria, las eras precedentemente practicadas, seleuciana, juliana ó diocleciana. Pero faltaba absolutamente casi todo documento histórico sobre la vida de Jesucristo; el inventor de la era nueva no pudo establecerlo, y aun con un error probable de algunos años, sino por medio de fechas suministradas por la historia contemporánea en la vida de Augusto y de Tiberio: en los anales mismos del Imperio fué preciso buscar todos los elementos del nuevo cómputo. En realidad la era cristiana no es sino la era «augustiana», lo mismo que los antiguos meses de *quintilis* y de *sextilis* se convierten en los meses de Julio y de Agosto, ó «Augusto». La era según la cual contaban los Españoles todavía en el siglo XIV databa francamente de Augusto y celebraba la reunión de la península Ibérica toda entera al imperio romano.

Llegados á la prodigiosa altura donde los habían llevado la cobardía de los hombres, las rivalidades militares y el empeño de buscar un equilibrio social imposible de encontrar, los emperadores romanos, convertidos en dioses sobre la tierra, apenas podían evitar la locura. Su poder era ilimitado en todos sentidos, puesto que era á la vez el de un general de ejército, el de un magistrado y juez sin apelación, el de un pontífice supremo y el de un tribuno del pueblo que representara contra los poderosos todas las reivindicaciones de abajo. Sus riquezas no tenían medida, puesto que disponían de los tributos y de los impuestos de Italia, de las provincias y de las naciones vencidas. Hasta poseían todo el Egipto como propiedad personal; el extenso campo de trigo y otros productos que regaba el Nilo alimentaba su tesoro privado: veían en él una especie de cercado, y ningún senador tenía el derecho de penetrar



PUENTE ROMANO DE LYDDA (LOUDD)

Cl. Bonfils.

en él sin una autorización precisa del amo¹. Un decreto, la expresión verbal de su voluntad bastaba para procurarle otros ríos de oro, y la adquisición de toda fortuna de procónsul ó de usurero no le costaba más que la pena de una condenación á muerte. De antemano, todas sus voluntades eran saludadas con gritos entusiastas, porque la bajeza ante los amos, por decirlo así, no tiene límites: «¡De qué manera están hechos esos hombres para la servidumbre!» exclamaba el mismo Tiberio al salir del Senado. El servilismo tuvo siempre sus fervorosos, y se han visto individuos y hasta sociedades enteras lanzarse con alegría á la muerte por un amo, sin contar si era bueno, indiferente ó feroz, un Escipión ó un Tiberio; débese esto á que, sacrificándose por el déspota, se eleva el sacrificado un poco hacia él y puede esperar, muriendo, recoger un rayo de su gloria. ¡Cuántos seres abyectos consideran como un honor parecerse físicamente á su amo, hasta en lo que tienen de feo y repugnante!

¹ J. Grafton Milne, *History of Egypt under Roman Rule*.

Los crímenes y las locuras de los emperadores romanos han sido tanto más fácilmente conocidos y censurados cuanto que los Césares fueron los enemigos naturales de la aristocracia, es decir, de la clase de la que podían nacer para ellos rivales y enemigos. Temían á las antiguas familias de un origen tan noble como el suyo, cuyos individuos habían ocupado el mismo rango, prestado los mismos servicios y brillado de una misma gloria que sus propios abuelos; desconfiaban de todos esos aduladores en los cuales veían envidiosos y á quienes una dichosa inspiración podía convertir en los herederos del trono. De ahí, que cuando escogían víctimas, las señalaban entre los nobles, representantes de la antigua república, y esas proscripciones, esos verdaderos asesinatos, les exponían cada vez más á los odios, á los profundos rencores y á las venganzas. Pero si herían en su rededor, entre los grandes, por esto mismo se veían obligados á apoyarse sobre los pequeños, y por esta causa, no por llenar su pretendida misión de tribunos del pueblo, adoptaron en serio su papel de niveladores. Calígula y Nerón llegaron á ser forzosamente los amigos de la plebe, porque eran los enemigos del Senado, y su simpatía era para la turba que les aclamaba y á la cual daban pan en abundancia y fiestas suntuosas. Odiaban la guerra que había dado gloria á las familias ilustres; querían ignorar los grandes y soñaban, aunque sin método y sólo por humoradas y caprichos, la destrucción de los entrometidos parásitos que vivían á expensas de la nación. De ese modo Nerón fué mucho tiempo popular: se le amaba porque, en efecto, había querido hacerse amar de los pobres y de los humildes.

Pero, como al fin eran hombres, á pesar de su divinidad, los emperadores estaban siempre á la merced de una sublevación de las tropas, que podían elevar altar contra altar, dios contra dios. La primera sucesión al trono, la de Tiberio, se cumplió regularmente, sin intervención del ejército; pero, á su muerte, los soldados se impusieron como amos al Senado y al mundo. Á lo menos, hasta Nerón, la elección militar no osó ejercerse fuera de la familia ó de la descendencia adoptiva de Augusto; después, creciendo la audacia con el éxito, los pretorianos llegaron á poner el imperio en venta, á subasta; los postores se lanzan los unos contra los otros y, por último, el general que triunfa, Vespasiano, no podía, como los César y los

Augusto, glorificarse de descender de los dioses. Afortunadamente para él y para el reposo del mundo, este hombre sagaz, prudente, económico, no se dejó deslumbrar por la fortuna: «Fué, dice André Lefèvre, el primer emperador romano que conservó su buen sentido hasta la muerte.

Siendo él mismo soldado, pudo someter los soldados á la obediencia y hasta acostumbrarlos á una larga paz, cerrando deliberadamente el templo de Jano».

Sin embargo, Vespasiano y su hijo Tito obtuvieron un gran triunfo, no fuera de las fronteras, sino en una parte del imperio que, desde hacía mucho tiempo, había estado sumisa. Los Judíos, que, mil años antes, deificaban las fuerzas de la Naturaleza, como



Cl. Giraudon.

NERÓN CLAUDIO DRUSO, EMPERADOR

Museo del Louvre.

todos los pueblos circundantes, y como ellos también adoraban especialmente una divinidad nacional, personificación de su raza, habían acabado por dar á su religión un carácter absolutamente exclusivo: las desgracias sucesivas que sufrieron, derrotas, destierros en masa, exodos y opresiones, les habían, por decirlo así, desarraigado del suelo; se habían desinteresado de las cosas de la tierra, que les dejaban indiferentes, y, agrupados alrededor de sus sacerdotes, se exal-

taban cada vez más en sus esperanzas del más allá, en su confianza en las promesas de Yahveh, el Solo Dios, el Viviente que tiene en su mano derecha las cosas eternas. Como hicieron otros, también hubieran podido acomodarse ellos á la inmensa paz romana y caminar lo mejor posible sobre el penoso sendero de la vida; pero educados por la fe sobre la existencia mezquina, extasiados en su idea fija, creían más en el milagro que en la realidad. Antes morir que dividir su adoración entre el verdadero dios y las águilas romanas, que elevar al lado del altar estatuas á Roma y á César. La historia de su resistencia suprema les muestra verdaderamente incomparables en la energía, de tal manera la locura colectiva les arrancaba á las condiciones ordinarias de la vida.

El drama final fué horrible. Las hileras de crucificados que los sitiadores elevaban delante de las murallas, los impulsos de los famélicos que, embriagados de cánticos y de oraciones, se arrojan contra las espadas de los Romanos, el templo anegado en sangre, tales son los cuadros que nos representan los anales de la guerra. Después se nos muestran los miles de seres lamentables que se arrastran sobre los polvorientos caminos, y que Tito, las «Delicias del Género humano», hace degollar, con aplauso de la multitud, en el vasto anfiteatro del Coliseo, construído por su padre. El sitio de Jerusalén, según los historiadores, costó un millón cien mil seres humanos, y el número de prisioneros judíos, hombres útiles de que podían hacerse esclavos ó gladiadores, alcanzaba novecientos mil hombres, que Tito distribuyó por todo el Imperio, en todas partes donde se necesitaban víctimas para las fiestas ó brazos para los trabajos públicos.

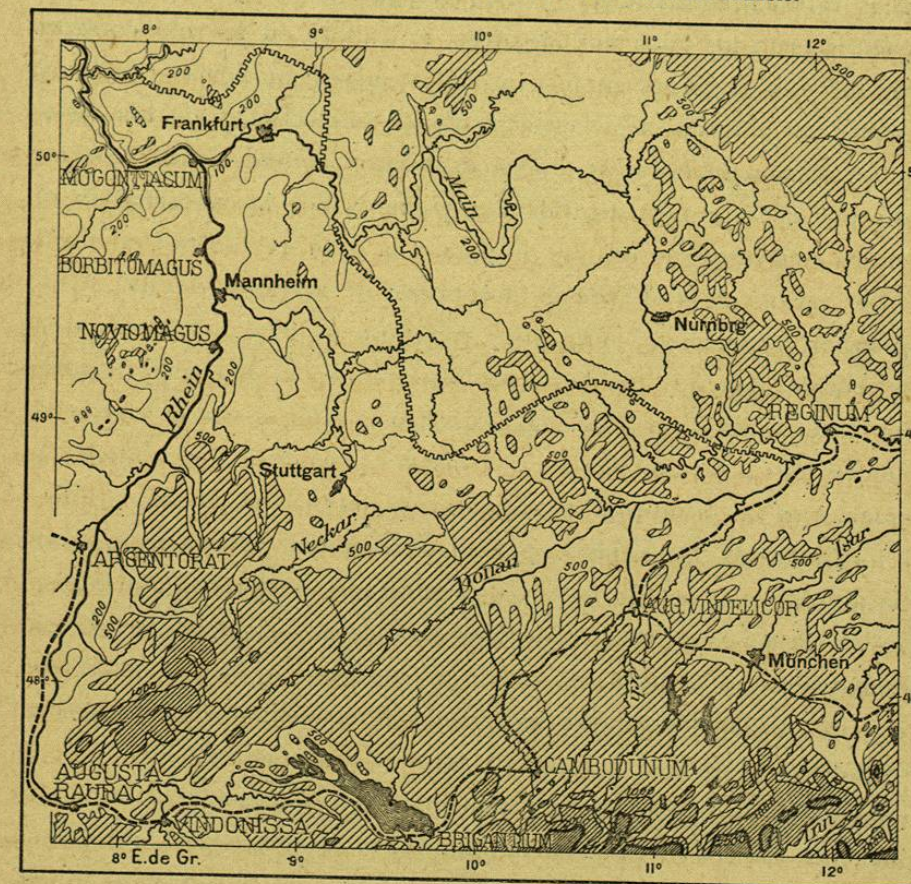
Se organizó una verdadera caza á los Judíos, no sólo en Palestina, sino también en Siria, en Asia Menor, en Egipto, en Cirene, hasta en Libia. No quedaba ya uno solo en la Judea: desde entonces sus principales comunidades se hallaban lejos de la patria¹. Lo que quedaba de la nación habría perecido pronto si no hubieran existido colonias en todas las ciudades ribereñas del Mediterráneo oriental, como en la misma Roma y en otras ciudades de Occidente.

La ruina de Jerusalén, el aniquilamiento definitivo de los Judíos

¹ Grätz, *Histoire des Juifs*, tomo II de la traducción francesa, ps. 395 y 396.

como conjunto político y la expatriación completa de la nación, no fueron solamente uno de los hechos más trágicos en la historia de los grandes dramas de la humanidad, sino que produjeron también

N.º 202. Línea divisoria entre las cuencas del Rhin y del Danubio.



1 : 3 200 000

0 50 100 150 200 Kil.

Augusta Vindelicorum ó Augsburg.
Reginum, Castra Regina, Ratisbona ó Regensburg.
Argentorat, Estrasburgo ó Strassburg.
Noviomagus, Colonia Nemetae, Spire ó Speyer.

Augusta Rauracum ó Augst, villa.
Borbetimagus Vangiones ó Worms.
Moguntiacum, Mayenza ó Mainz.
Vindonissa ó Windisch, villa.
Brigantium ó Bregenz.
Cambodunum ó Kempten, villa.

una revolución de primer orden en el desarrollo intelectual y moral de los pueblos occidentales. Dispersándose sobre todo el mundo romano, no ya únicamente, como en los siglos [anteriores, por sus mer-

caderes, y sobre todo por sus confesores, sus profetas y sus extáticos, contribuyeron poderosamente á esa inmensa conmoción de las gentes que acabó por derribar el imperio y fundar una religión nueva. La desgracia común suscitó en todos los refugiados de la misma fe una completa y fraternal solidaridad. Se amaban con fervor y se sacrificaban con entusiasmo los unos por los otros, uniéndose en un solo corazón. Pero, de otra parte, entre los Judíos enemigos, mosaístas rigoristas, Alejandrinos abiertos á las especulaciones intelectuales de los Griegos, un abismo de odios se había ahondado profundamente. De ese modo, por la ternura mística de una parte, y por la exacerbación de los odios religiosos de otra, se preparaba la gran revolución cristiana.

Por entonces la demencia del poder se apoderó de un nuevo emperador, Domiciano, hermano y heredero de Tito. Todo se desconcierta de nuevo y los bárbaros penetran en el Imperio, llegando hasta hacerse pagar tributo. El inmenso cuerpo corría el riesgo de ser entregado á las ambiciones y á las fantasías de los generales que mandaban en las fronteras, si Roma no se hubiera resarcido, después del asesinato de Domiciano, por elecciones que indicaban la firme voluntad de defenderse. Trajano, proclamado emperador, no permaneció en Roma, lejos de los confines amenazados, sino que se ofreció personalmente al peligro; no confió los destinos de la Ciudad Eterna á ejércitos lejanos, sino que los mandó él mismo; los hizo suyos al otro lado del Danubio y luego al otro lado del Eufrates.

La obra de protección era principalmente urgente á la orilla del primero de esos ríos: en su parte superior la cuenca estaba bien defendida por un muro de límite que contorneaba los bosques de pinos casi desiertos y difíciles de franquear, entre el Main y el valle danubiano¹; pero al sud de ese límite, á la vez natural y consolidado por una cadena de fortines, los bárbaros podían atravesar libremente el río. Gran número de puntos débiles se sucedían sobre el curso del Danubio, especialmente al sud del cuadrilátero de la Bohemia, cuya punta avanza hacia el Sud en forma de bastión, y en el cual podían reunirse secretamente las bandas de los asaltantes. Vindobona (Viena) se halla igualmente sobre un camino transversal al Danubio,

¹ Robert Gradmann, *Petermann's Mitteilungen*, III, 1899.

por el cual podían presentarse unos invasores que descendieran del Norte por las llanuras de la Moravia, abiertas en un ancho corredor.

N.º 203. Territorio del Bajo Danubio.



1: 10 000 000

0 100 300 600 Kil.

El mapa debería tener la indicación del «Muro de Trajano», elevado en tiempo de Adriano y todavía bien conservado entre el Prut y el mar Negro en una longitud de 120 kilómetros.

Muchas de las colonias romanas marcadas en el mapa se han convertido en ciudades importantes: Vindobona (Viena), Singidunum (Belgrado), Naissus (Nich), Adrianópolis, Filipópolis, Bizancio, etc.

Más al Este, el triple foso de separación que presentan el Danubio, el Drave, el Save y la muralla de los montes ilirios, protegían